

Sumario

El Señor Cardenal Claudio Hummes hace, en esta ponencia, un diagnóstico de las principales características de la megápolis en un contexto de modernidad y postmodernidad, mostrando que a las religiones, especialmente al cristianismo, les corresponde reencender la pasión por la verdad, buscando incansablemente la verdad fundamental y fundante, que es amor, paz, donación y misericordia. En este contexto, los Centros Culturales Católicos tienen la misión de animar la comunión en nuestra sociedad urbanizada y posmoderna que rescate al hombre urbano de la soledad y del individualismo, que promueva la búsqueda incansable de la verdad, que rescate los valores fundamentales del ser humano y que elabore una ética universal.

Los centros culturales católicos: Una propuesta de comunión frente al individualismo y anonimato urbano

Cardenal Claudio Hummes
Arzobispo de Sao Paulo - Brasil

La gran ciudad posmoderna de nuestros días, cuyo modelo más representativo es la megápolis, no se reduce a la suma de sus habitantes, de sus domicilios, de sus barrios, de sus servicios, de su producción, en fin, de las múltiples realidades que la componen. Ella es también una colectividad humana, una sociedad, que tiene una especie de “alma” unificadora.

De hecho, la ciudad tiene sus proyectos, sus aspiraciones, sus problemas, sus características culturales propias; fuerzas económicas de producción, de mercado y distribución propias, organizadas y articuladas, red bancaria/financiera, red comercial; tiene sus medios de comunicación de masa, muy importantes para informar, formar la opinión pública, debatir y formular los asuntos de mayor relevancia de la ciudad y, por lo tanto, ofrecer intercambio de pensamiento y voz a la sociedad. La ciudad tiene su gobierno, su política, su sistema de seguridad, sistema de transporte, red escolar, instituciones universitarias/académicas, producción cultural, científica y tecnológica, servicios de salud con red hospitalaria. Cuenta normalmente con gran organización de servicios religiosos. Desarrolla servicios sociales dirigidos a los pobres. La ciudad ofrece, tanto a las élites específicas como a la gran masa popular, ocio y entretenimiento, entre los cuales se destaca hoy en día el deporte. En fin, se presenta como un gran organismo social que comporta una cierta unidad y comunión.

Pero, esta ciudad actual presenta, entre las características de su sociedad, un fuerte individualismo, fruto del subjetivismo moderno. De hecho, la modernidad se define como antropocéntrica. Prioriza el hombre y lo interpreta como sujeto, esto es, alguien que tiene conciencia de sí mismo, responde por sí y por sus actos, asume su destino, decide su historia, tiene derechos inalienables, es autónomo. Autonomía es, para la modernidad, la característica fundamental y definidora del ser humano. Por eso, él es sujeto y no mero objeto. No puede ser esclavizado, dominado, usado o explotado. Nada puede

serle impuesto a partir de fuera. Su dignidad consiste en definirse y decidirse a partir de su interioridad y no por coacción o imposición de lo que es exterior a él. Él es señor de sí mismo. El hombre es todo eso, porque es un ser racional y libre. La razón y la libertad, que tornan posible la autonomía, ocupan el centro de la comprensión moderna del hombre y definen su subjetividad.

Sabemos que históricamente la modernidad fue también un movimiento contra la tutela de la Iglesia y de la monarquía, por lo tanto, contra la tutela religiosa y la tutela política. La Iglesia retenía el poder intelectual, con su teología y filosofía, mientras que los monarcas retenían el poder político. Liberarse de esa tutela era buscar la autonomía y la dignidad, era llegar a la edad adulta del hombre. En el área intelectual, significaba liberarse de la fe religiosa, de sus dogmas, y tener la osadía de buscar conocer la realidad -y hacer ciencia- por caminos independientes de los dictámenes de la religión, canonizando la razón humana como única luz en la búsqueda de la verdad. De ahí, el surgimiento y el progreso extraordinario de las ciencias naturales y matemáticas en la era moderna. En consecuencia, ocurrieron también conflictos históricos de la nueva ciencia con la autoridad eclesiástica, siendo los más notorios el proceso contra Galileo Galilei y el proceso contra Giordano Bruno. En el campo político, se procedió al derribo de las monarquías y la creación de la democracia, en la cual todo el poder emana del pueblo; de este proceso político, la revolución francesa fue el gran modelo.

Todo ese proceso resultó en un sistema de pensamiento encerrado en la inmanencia, cerrado a la trascendencia y, por eso, también contrario a la metafísica. El pensamiento inmanentista llegó a veces a negar la posibilidad de la existencia de Dios. Esa posición se manifiesta en el siguiente sofisma: “Si el hombre es libre, Dios no puede existir. Ahora, es cierto que el hombre es libre y en esto está su grandeza y dignidad. Por lo tanto, Dios no puede existir”. Se trata de un sofisma, pues sabemos que Dios es la posibilidad última de nuestra libertad y no su negación. No es aquí el lugar de detenernos por mucho tiempo para profundizar esta cuestión. Quiero sólo señalarla.

Pero, la modernidad trajo innegables avances. Es preciso reconocer primeramente todo el progreso de las ciencias y de la técnica.

Decisivo fue el paso de los descubrimientos científicos para su uso técnico. Así, las ciencias se tornaron empíricas y útiles, lo que transformó el modo de trabajar y de producir en la sociedad. Fue eso lo que hizo posible la revolución industrial. Fue un prodigioso desarrollo de las ciencias positivas y matemáticas, de las ciencias físicas, químicas y biológicas, que estuvo por detrás de la transformación de toda actividad económica moderna y del propio modo de vivir de la sociedad. Nacía una nueva cultura.

En el campo político, ciertamente la creación del Estado moderno, regido democráticamente, fue un avance en relación a las monarquías hereditarias y absolutistas.

En el mundo de las ideas, la modernidad elaboró fundamentalmente un racionalismo inmanentista, que se desdobló en dos direcciones, una en la dirección de las filosofías empiristas-cientificistas y otra en la dirección de las filosofías idealistas. Aplicadas a la política y a la economía, generaron al mismo tiempo el liberalismo/capitalismo y el marxismo/comunismo, como grandes sistemas racionales, globales y totalizantes, las grandes ideologías, los así llamados “grandes relatos”, que se estructuraron uno a partir de la primacía del individuo y su libre iniciativa, el otro a partir de la primacía de la colectividad y de la planificación centralizada de la vida política, social y económica. Esas ideologías ambicionaban imponerse a todos, como única verdad absoluta y universal y, consecuentemente, única vía de salvación, progreso y felicidad de la humanidad.

La modernidad se inspiró en la metáfora de la luz. Era la arrojada pretensión de la razón humana de ser la verdadera y única luz capaz de iluminar y comprender toda la realidad y dominar todo con su conocimiento, iniciando así un gran proceso de emancipación y progreso del hombre. Conocer y comprender racionalmente el mundo tornaría el hombre libre, dueño de su destino, sujeto de su historia, factor de progreso constante, hasta la solución de todos sus problemas y desafíos, mediante la ciencia positiva y la tecnología. Sería la gran iluminación, que tiraría la humanidad de las tinieblas y del oscurantismo. Eran esos los sueños del “siglo de las luces”, el siglo XVIII.

Trágicamente, sin embargo, las grandes ideologías modernas, en la secuencia de una ineludible “voluntad de poder”, no dudaron

en tornarse violentas para imponer su verdad. Así, la razón humana, que se había declarado adulta y autónoma, juzgó “racional” apelar a la violencia para coaccionar a todos a aceptar sus “luces”. Esa fue la parte que quedó para el siglo XX. Dos grandes guerras mundiales y varias revoluciones socialistas, todas nacidas de las ideologías modernas de derecha y de izquierda (nazismo, fascismo, comunismo), intentaron imponer su “verdad” al mundo entero por la violencia brutal, que no vaciló en cometer los mayores crímenes contra la humanidad.

Esos trágicos frutos de la modernidad trajeron una profunda desilusión, que se expresa hoy en la postmodernidad. Esta trae nuevos parámetros de pensamiento y de cultura. Delante de la insaciable “voluntad de poder”, delante de la violencia y de las deshumanidades de las ideologías de derecha y de izquierda, delante del fracaso de los “grandes relatos”, surge la tentación del nihilismo, precedido de un agnosticismo desencantado, sin entusiasmo por verdades absolutas y universales. Un agnosticismo que se adaptó bien al pluralismo y al individualismo vigentes en la gran sociedad, al hedonismo del placer inmediato y fácil, al permisivismo comportamental y ético, al consumismo ofrecido por un nuevo orden económico mundial fundado en la hegemonía del libre mercado globalizado, todos elementos del modo de ser y pensar de nuestra sociedad.

En el agnosticismo se desistió de la búsqueda de la verdad. Se extinguió la pasión por la verdad. Un paso más y el agnosticismo entra en el nihilismo, preguntando si aún vale la pena alguna cosa, si el hombre tiene aún algún sentido, si aún es posible al menos la fundamentación de un mínimo indispensable de valores éticos universales, o si el hombre realmente no pasa de “una pasión inútil”, como decía Sartre.

En Europa, se llama eso de “pensamiento débil”. En vez de la arrogancia de las grandes ideologías, ahora el “pensamiento débil”, sin pretensiones, ni voluntad, de tener la verdad fundamental y fundante de toda la realidad, la verdad verdadera y universal, base necesaria e indispensable también para fundamentarse una ética universal.

Todavía, no podemos doblarnos al agnosticismo. No debemos resignarnos a ese desencanto. La pasión por la verdad, la búsqueda

de la verdad fundamental y fundante, pertenece a la esencia de la dignidad y de la vocación de la humanidad. Es preciso superar el “pensamiento débil”, sin miedo de la verdad. La verdad verdadera no genera violencia, no coacciona, sino que nos hace libres.

Eso vale “a fortiori” para las religiones. En particular, el cristianismo profesa que Dios es esencialmente amor y quiere ser acogido por adhesión libre. Lamentablemente, hay quien insinúe que las religiones pueden tornarse peligrosas, factor de conflicto y de guerra. En verdad, la violencia contradice la verdadera religión.

Por otro lado, tenemos los fracasos del capitalismo, del sistema de libre mercado, que, teniendo por eje la libre iniciativa, se proponía liberar el mundo de la pobreza y generar el progreso general, la prosperidad económica y la felicidad para toda la humanidad. Sin embargo, al contrario, hoy, más que nunca, nos deparamos con centenas de millones de pobres, miserables, desempleados y excluidos por el mundo, con parte significativa incluso en los países ricos y desarrollados, sin ninguna perspectiva de que esto vaya a cambiar de forma inmediata. Los pobres, los excluidos, los miserables y los hambrientos, frutos del capitalismo y del comunismo del pasado, así como frutos del actual nuevo orden económico mundial de libre mercado globalizado, claman por justicia y solidaridad.

Delante de ese cuadro, resta hoy a las religiones, -en especial, al cristianismo- mostrar al mundo que es preciso reencender la pasión por la verdad, buscar incansablemente la verdad fundamental y fundante, mostrar al mundo que la verdad verdadera no genera violencia, sino, que en su cerne más determinante, es amor, es paz, es donación, es misericordia, es solidaridad.

Es en este contexto que se inscriben los Centros Culturales Católicos con una vocación y misión de promover comunión en nuestra sociedad urbanizada y posmoderna.

82

El Pontificio Consejo de la Cultura se empeña, con razón, en el apoyo a los Centros Culturales Católicos existentes y en la creación y multiplicación de nuevos Centros. Son instituciones y espacios bastante diversificados según los países y las regiones, pero tienen en

común el objetivo de convocar y ofrecer condiciones para reunir personas que acepten reflejar y dialogar sobre la fe católica y su inculcación, así como evangelizar la cultura vigente. En ellos se podrá tratar de todas las cuestiones importantes de la realidad cultural, en sentido amplio, y confrontarlas con la fe católica, con las personas más diversas, sean o no católicas, desde las personas más simples del pueblo hasta las personas del mundo de la intelectualidad, de las universidades y del sector específico de la investigación científica y tecnológica, del mundo de la política, de la economía, del mercado, del diálogo ecuménico e interreligioso, y otros más.

El tema que el Pontificio Consejo me dio para esta charla quiere mostrar que los Centros Culturales Católicos son una propuesta de comunión frente al individualismo y anonimato en el mundo urbano.

Estos centros se caracterizan por la búsqueda de hacer que las personas y los grupos se encuentren para reflexionar sobre el sentido de la fe católica para el mundo de hoy, así como lo vimos diseñado en la primera parte de esta charla y, consecuentemente, sobre los servicios que los católicos a partir de su identidad de fe pueden prestar al mundo y, en fin, sobre el proceso de inculcar la fe católica en la cultura moderna y posmoderna, así como en todas las culturas antiguas existentes en esta nuestra sociedad multicultural, lo que a la vez resultará en evangelizar esas culturas, principalmente la cultura dominante. En una sociedad pluralista, esta forma de encontrarse en los Centros Culturales Católicos es una forma de reunir lo que estaba disperso y desorientado en el pluralismo socio-cultural y religioso del actual mundo urbano. Reunir y tener oportunidad de dialogar y de intercambiar ideas, creencias, modos de ver y vivir, angustias, incertidumbres y esperanzas, crea comunión y rescata del individualismo, del anonimato y de la dispersión. Se trata de un servicio precioso que los Centros ofrecen a la sociedad urbana y, sin duda, también a la Iglesia.

Me gustaría señalar algunos campos específicos en que las actividades de los Centros pueden prestar enormes servicios al hombre urbano, católico o no, confrontando la fe católica con la realidad urbana actual.

1. Los encuentros en el Centro ayudarán a rescatar al hombre urbano de la soledad y del individualismo, que transforman las relaciones humanas en la ciudad en feroz competición en torno del dinero, del prestigio y del poder. En el encuentro y en el diálogo el hombre urbano podrá reencontrar el otro no como enemigo y adversario, sino como colega, hermano y compañero de vocación y misión, un peregrino del absoluto, en esta vida terrena, buscando el sentido profundo de la existencia, para juntos construir una ciudad humanizada, solidaria y habitable para todos.

2. Los encuentros ayudarán a reencender la pasión por la verdad y a derribar el agnosticismo y el desencanto, que son manifestaciones de la postmodernidad y que llevan a tanta gente al consumismo desenfrenado, al hedonismo y a la búsqueda del show alienante de una sociedad del espectáculo inconsecuente e irresponsable. De hecho, en la interioridad más profunda de cada ser humano está siempre latente el anhelo por la verdad, la pasión por la verdad, pues su búsqueda da dignidad al hombre, el cual no descansará hasta que la encuentre. Por esa razón, aunque la postmodernidad exprese un desencanto profundo e histórico delante de las grandes ideologías, no consigue destruir definitivamente la raíz de esta característica humana que es la búsqueda de la verdad. Los encuentros en los Centros Culturales precisan reponer en común, en diálogo y escucha mutua, en un encuentro entre personas, la responsabilidad que el ser humano tiene por la verdad, reponer que está en juego la vocación y misión más alta de la persona, que sólo consigue realizarse a la luz de la verdad. Y en esta búsqueda de la verdad, más que poseer la verdad es necesario para el hombre dejarse progresiva y humildemente poseer por la verdad. A San Agustín, en su libro "Confesiones", Dios le dice: "Yo soy el alimento de los grandes. Crece y Me comerás. No Me cambiarás en ti como el alimento de tu cuerpo, pero tú te cambiarás en Mí" (Conf. VII, 10).

3. Hay algunos valores humanos fundamentales que son comunes a la postmodernidad y a la fe católica. La diferencia está principalmente en la forma como la postmodernidad reelaboró estos valores cristianos, arrancándolos de su referencia al Dios tras-

cedente y trinitario, para reducirlos al horizonte limitado de la inmanencia antropocéntrica. Uno de esos valores es, sin duda, la libertad humana. Dice la modernidad que si Dios existe, nosotros no somos libres, pues Él sería el soberano Señor que todo lo domina. Pero, de hecho, nosotros somos libres, lo que implicaría la no-posibilidad de la existencia de Dios. Eso es un sofisma. Verdaderamente, la fe cristiana nos ayuda a entender racionalmente que Dios no contradice nuestra libertad, pero Él es el fundamento de la posibilidad de nuestra libertad. Somos libres en el horizonte de la libertad de Dios o en el corazón del misterio de Dios. En la concepción posmoderna de la libertad humana hay una absolutización de la libertad, que se arroga el poder de no recibir ninguna orientación de fuera de ella, en el sentido de una autonomía sin límites. Entendida así la libertad humana se desliza fácilmente hacia el individualismo y el arbitrio violento del más fuerte, sin responsabilidad social, sin amor y sin solidaridad con los necesitados o al libertinaje irresponsable en la conducta ética y moral. La concepción cristiana muestra que la libertad humana para no ser auto-destructiva ni socialmente peligrosa necesita orientarse por la verdad y por la responsabilidad social. Juan Pablo II mostró eso con mucha sabiduría en la carta encíclica “Veritatis Splendor” (1993). Se percibe de este modo cómo la libertad humana se presenta como un gran campo de diálogo y debate entre la fe católica y la postmodernidad, que los Centros Culturales Católicos deberían recorrer.

4. Otro campo extremadamente importante para el mundo pluralista y globalizado es la fundamentación y la elaboración de una ética universal. Si no es posible encontrar la verdad fundamental y fundante que da sentido a toda la realidad, o sea, una verdad universal, entonces tampoco será posible fundamentar una ética que se imponga por su propia naturaleza a todos los seres humanos. Una ética no se sostiene por sí misma. Su fuerza vinculante depende de las razones que la fundamentan. Si no hay razones universales, no será posible una ética universal vinculante por sí. Se podría llegar a definir una ética universal por un consenso de todos los comprometidos o al menos de la mayoría, pero su fuerza sería entonces sólo de carácter consensual, mientras el

consenso permanece. Sería una ética de estadística, pero no tendría fuerza vinculante por sí misma.

Se percibe entonces cómo es importante rescatar la búsqueda de la verdad. Se trata de una cuestión determinante para la fundamentación de una ética universal. Será preciso resucitar la pasión por la verdad, como gran tarea, misión y vocación de cada hombre y de la sociedad humana. Está aquí otro gran campo de actuación de los Centros Culturales Católicos, pues la fe católica tiene mucho que contribuir en esta búsqueda de la verdad fundamental y fundante, así como en la elaboración de una ética universal. Tanto la verdad universal como una ética universal son enormes, o mejor, indispensables fuerzas de construcción de la comunión y de la paz en la sociedad humana. Sin ellas, la convivencia humana corre grandes riesgos de pulverización y de arbitrio del más fuerte.

5. Otro campo inmenso y urgente es la cuestión de la solidaridad en el mundo urbano. La pobreza, la miseria, el hambre, el desempleo, crecieron en todo el mundo, principalmente en los países pobres y en los países emergentes. Son cuestiones sociales que dicen respecto a todos los ciudadanos, independientemente de creencia religiosa o diferencia cultural. Manifiestan obviamente la profundidad de la desigualdad social reinante y, por lo tanto, la falta de solidaridad y de comunión, sobre todo en los grandes aglomerados urbanos. Aunque, históricamente la desigualdad ha existido desde antes de la modernidad, con todo, las grandes ideologías de izquierda y de derecha de la modernidad y ahora la postmodernidad con el nuevo orden económico mundial de libre mercado globalizado, todas fracasaron en su tentativa de resolver esta situación, terminando generalmente por agravarlas. Hoy, de hecho, asistimos a un inaceptable proceso de exclusión de millones de personas y de países enteros. Ellos no cuentan más para el gran sistema mundial del nuevo orden económico.

86

La doctrina social de la Iglesia, basada en la doctrina evangélica de la caridad y del amor por los pobres, según la palabra y la práctica del propio Jesucristo, tiene una decisiva contribución a dar en la discusión de las grandes cuestiones sociales. También la práctica de la solidaridad de la Iglesia en favor de los pobres acumuló siglos de

experiencia a ofrecer a quien quiera realizar proyectos concretos de solidaridad. Hoy la solidaridad exige al mismo tiempo asistencia y promoción del pobre para que él mismo pueda ganar su vida honestamente y transformaciones socio-económicas que pasan por políticas públicas en favor de los más necesitados y excluidos. Todos esos son campos importantes de discusión, diálogo y acción conjunta que los Centros Culturales Católicos pueden promover entre personas y grupos de las más diferentes creencias religiosas y teorías sociales. Sería una contribución significativa en el combate a la desigualdad social y en la construcción de la comunión y de la paz.

En fin, muchos otros temas y situaciones concretas pueden entrar en la pauta y en los objetivos de los Centros Culturales Católicos como contribución para la comunión entre los hombres, frente al individualismo y anonimato en el mundo urbano. Reunir personas que quieran encontrarse e intercambiar ideas, creencias, angustias y esperanzas ya por sí sólo es un servicio valioso al hombre urbano. Sabemos, además de eso, que muchas personas, no solamente católicas, del mundo de la cultura académica, de las universidades, de la intelectualidad, del mundo de la búsqueda científica y tecnológica, buscan un foro para dialogar y reflexionar sobre las grandes cuestiones del mundo de hoy y sobre el sentido profundo de sus vidas. Hay intelectuales católicos que se quejan por ser tan poco convocados por su Iglesia para dar su contribución en el estudio y discusión de los grandes desafíos que la Iglesia enfrenta hoy para realizar su vocación y misión en el mundo. Para todos esos, los Centros Culturales Católicos pueden ofrecer un espacio interesante y esperanzado.

Pero también las personas más simples y con menos escolarización deben encontrar en esos Centros un espacio apropiado para poner en común su sabiduría vivencial y sus preguntas. Todos deben poder contribuir para la construcción de la comunión, pues Cristo nos dijo claramente: “Vosotros sois todos hermanos” (Mt 23,8).